

**De estudiante a docente:  
crónicas breves de una clarinetista (1981-2017)**

*From Student to University Professor:  
Short Chronicles About a Clarinetist (1981-2017)*

Yamileth Pérez Mora<sup>1</sup>  
Universidad de Costa Rica  
Costa Rica

---

<sup>1</sup> Profesora Catedrática en la Escuela de Artes Musicales de la Universidad de Costa Rica (UCR).  
Dra. en Estudios de la Sociedad y la Cultura por la UCR. Correo electrónico: clariyam@gmail.com

Era marzo de 1981, casi dos años después del triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua. Los conflictos sociales en otros países de la región centroamericana provocaron constantes pugnas entre los movimientos guerrilleros y los ejércitos de países como El Salvador, Guatemala y Honduras. Costa Rica, en medio de todo este proceso, durante la administración del expresidente Rodrigo Carazo Odio (1978-1982), enfrentó una de las más grandes crisis económicas recordadas por los costarricenses, la cual dejó como resultado que el tipo de cambio del dólar que estaba a ₡8.60 (8 colones con sesenta céntimos), se dejara libre, sin regulación y comenzara su ascenso de forma estrepitosa y descontrolada. Como consecuencia de esta crisis, una cantidad importante de los músicos norteamericanos integrantes de la Orquesta Sinfónica Nacional (OSN), quienes también eran profesores en la Escuela de Artes Musicales (EAM) de la Universidad de Costa Rica (UCR), iniciaron el inevitable éxodo de regreso a sus países de origen, o bien, continuaron emigrando hacia otras latitudes, debido a que los bajos salarios perdieron su valor adquisitivo.

Por consiguiente, para quienes estudiábamos la carrera de Ejecución del Clarinete en la EAM, las situaciones de incertidumbre e inestabilidad se convirtieron en experiencias cotidianas de la vida estudiantil de aquella época. En un periodo de dos años, tuvimos como profesores de clarinete a tres maestros: Salomón Bear, Jean Gould y David Musheff. Luego, un sentimiento de orfandad académica nos invadió y reprimió nuestras ilusiones estudiantiles. Sin embargo, para alguien que desde los 13 años sabía lo que quería hacer en la vida y, a pesar de haber iniciado la educación musical en una zona rural y recién graduada del Conservatorio de Castella, había decidido, en pocas semanas, que continuaría estudiando la carrera de clarinete, con o sin profesor. Suena descabellado, inapropiado y, quizá, irresponsable desde el punto de vista institucional, pero en tiempos de crisis fue la única opción.

Fue así como, al lado de los cursos regulares, seguí estudiado con mi clarinete de mediana calidad, con las pocas cañas que lograba conseguir en las tiendas locales y con las fotocopias de los métodos y partituras que había adquirido de los profesores extranjeros. Me preparé lo mejor que pude y presenté mis exámenes de instrumento frente a jurados compuestos por los profesores, German Alvarado (barítono, eufonio) (q.e.p.d.), Juan Manuel Arana (corno), Miguel Ramírez (oboe) y la profesora Ma. Luisa Meneses (flauta). Recuerdo, con gran gratitud, los aportes de las profesoras Gertrudes Feterman y Kattia Guevara, quienes me acompañaron con el piano en diversas ocasiones. En los cursos teóricos, las clases con los profesores Edwin Méndez, Enrique Cordero y Agustín Culléll (q.e.p.d.), marcaron de manera positiva mi desarrollo musical.

Asimismo, luego del respectivo concurso, en 1984 empecé a formar parte de la OSN como segundo clarinete. En 1985, siendo la estudiante más avanzada de ese entonces, fui

nombrada profesora durante mi último año de carrera. Por lo tanto, gracias a un préstamo bancario, pude adquirir mis primeros clarinetes modelo profesional.

En agosto de 1985, la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), con sede en Costa Rica, creó un programa de concursos, dirigido a jóvenes universitarios de la región latinoamericana, para conseguir becas por méritos académicos y realizar estudios de posgrado en Estados Unidos. Este programa se prolongó por alrededor de cinco años consecutivos. Después de un arduo proceso en el cual participamos alrededor de 500 personas, tuve la oportunidad de formar parte del primer grupo de 25 costarricenses, de diferentes disciplinas, elegidos para cursar estudios de maestría a partir de 1986. Los colegas Sara Feterman (piano), Rafael Jiménez (corno) y yo nos convertimos en los primeros músicos becados por el gobierno de Estados Unidos.

Con muchos deseos de seguir creciendo, realicé mis estudios de maestría en la School of Music, University of Massachusetts en Lowell, Massachusetts, bajo la fundamental tutela de la excelente clarinetista y profesora Aline Benoit, con quien pude trabajar y continuar creciendo. Al finalizar los estudios de maestría, sentí, como un llamado del destino, la obligación de regresar a mi país y a mi Alma Mater para retribuir y trabajar en la transformación de la práctica del clarinete. De igual manera, aunque tenía la convicción de que mi historia llena de dificultades académicas provocadas por la situación socioeconómica del país no podría repetirse, debía hacer algo al respecto. Así, sin pensarlo mucho, rechacé la oportunidad de hacer estudios de doctorado con Peter Hadcock (q.e.p.d.) en Eastman School of Music en Rochester University, New York.

A mi regreso, en 1988, me incorporé a la OSN (por ocho años más) y a la EAM con mucha energía, deseos de aportar y un poco más de conocimiento. En la EAM existían pocos, pero significativos espacios para compartir y crecer musical y pedagógicamente. Tuve la oportunidad de hacer música de cámara con maestros como Walter Field (violín), Tesuo Yagi (violín) y María Clara Culléll Teixidó (piano) (q.e.p.d.). Recuerdo, de forma especial, los encuentros en la hora del café de la tarde con don Walter Field y otros maestros, en la otrora Soda de Artes Musicales. En esos breves minutos se compartía todo tipo de conocimiento y fueron espacios trascendentales para mi crecimiento artístico.

Debido a que he tenido más preguntas que respuestas y consciente de que cada ser humano aprende de diferente manera, he incursionado en proyectos de investigación en torno a la ejecución del clarinete y el aprendizaje musical en general. Desde el inicio, como educadora, he estado abierta a seguir aprendiendo. Considero que mis procesos como docente se han retroalimentado recíprocamente con los procesos de aprendizaje de cada uno de mis estudiantes.

Más allá de lo imaginable, en casi 30 años como docente, he tenido el privilegio de trabajar con una gran cantidad de jóvenes clarinetistas con muchas cualidades musicales, artísticas y humanas, entre ellos 20 graduados (14 licenciados y 6 bachilleres), quienes de diferentes maneras aportan a la sociedad costarricense y más allá de nuestras fronteras hasta alcanzar otros países. He tenido la enriquecedora experiencia de hacer música de diversos géneros, con distinguidos colegas profesionales y estudiantes de la Escuela. También, la EAM y la UCR me han brindado la oportunidad de compartir con visitantes extranjeros, de viajar y participar en conciertos como solista, recitales de música de cámara, clases maestras y exposiciones en diferentes partes del mundo. Incluso, tuve la oportunidad de realizar estudios de doctorado en Estudios Culturales, los cuales me han ayudado a profundizar mi mirada de músico y docente de forma transversal. Son pocas las instituciones del país que fomentan espacios para el crecimiento profesional y humano como lo son la EAM y la UCR. Gracias a la convicción de que siempre quedan aspectos pendientes por trabajar, tengo la certeza de que su desarrollo estará en la dirección correcta, la suya propia.

Hoy, al celebrar los 75 años de la Escuela de Artes Musicales de la Universidad de Costa Rica, me siento agradecida y orgullosa de formar parte de lo que considero la principal institución formadora de profesionales en la música del país. Consciente de la relevancia de nuestro activismo en la dinámica de la construcción de la historia musical de Costa Rica, al lado de mis estudiantes, continuaré trabajando en procesos, hasta el momento de la justa partida.